

EDITORIALA

Experimento político en Donostia

El Ayuntamiento de Donostia está resultando ser una especie de alambique de la política vasca, donde se experimentan coaliciones, extraños compañeros de Gobierno y furibundos ataques partidistas. Todo ello se adereza, además, con las potentes gotas de los intereses más ambiciosos de los partidos de obediencia estatal. Y, como sazonador final, el elemento que ayer se sacó de la manga el primer teniente de alcalde del PP, Gregorio Ordóñez: la lucha anti-ETA. Elemento que, a tenor de las primeras reacciones, no parece haberle funcionado demasiado bien, pues sus socios en el gobierno municipal, PSE y PNV, coincidieron en calificar de «esperpéntica» la querrela.

No es para menos. Arropado por un despliegue periodístico, Ordóñez lanzó su «sorpresa». Pero —la pregunta es inevitable— ¿Por qué no lo hizo antes, si ya tenía los explosivos datos? ¿Por qué aguantó la oleada de descalificaciones de los últimos días?

El sesgo «antiterrorista» de su campaña tiene demasiado de clavo ardiendo en una batalla casi personal contra Elorza que ha perdido consistencia con el paso de los días. Ordóñez acaba otorgando más credibilidad a las palabras de un voluble confidente que a las resoluciones judiciales sobre el cabo Lizarraga, acusado y absuelto de colaboración con ETA, sobre quien arroja la misma acusación prepotente y extrajudicial que el consejero Atutxa dejó caer sobre el abogado Alvaro Reizabal tras su absolución.

Salvando las diferencias, se parece todo demasiado a las grandes movidas periodístico-políticas de esta semana centradas en Madrid. Pero el episodio está sirviendo además de campo experimental para futuras combinaciones de Gobierno, no sólo en ayuntamientos sino también en Gasteiz. Los primeros acercamientos se dieron ayer mismo, entre PNV y PP. Lo de Donostia sirve para ir calculando hasta dónde se pueden tensar las cuerdas, qué alianzas pueden darse, qué cede cada uno, qué nivel de ambición hay. Para lo que ya es más dudoso que sirva es para lograr gobiernos transparentes al servicio de la ciudadanía y por encima de ambiciones personales.

egin

Partícipe de una fiesta

EL PUNTO

Tomar la salida en la Behobia no representa ninguna locura, ni significa estar expuesto dos horas a un sufrimiento continuo. Veinte kilómetros es una distancia al alcance de cualquiera que prepare durante unos meses su participación en la prueba y que tenga bien claro cuales son las posibilidades de sus piernas, corazón y cabeza. Esta es la cuarta ocasión en la que tomaré la salida y no parto con la intención ni de romper un registro ni de quedar entre los 5.000 o 6.000 primeros. No me preocupa que una atleta de 52 años me sacara veinte minutos el año pasado, ni que uno de setenta pueda hacer otro tanto hoy. No sólo no me importa, sino

que me demuestra que la práctica deportiva no es exclusiva masculina, por fortuna cada vez es más habitual ver a mujeres corriendo, ni tiene límites de edad. Yo correré al nivel de mis posibilidades, sin más objetivos que el de llegar a la meta —mi Behobia empieza a las once de la mañana y termina a las once de esta noche tras entregar la última página del día— y participar durante veinte kilómetros de una fiesta en la que el disfrute compensa con creces el sacrificio que conlleva. Porque la práctica deportiva equivale a salud y, por ello, animo a mi compañera Amaia y a todos lo que piensen como ella a que hagan la prueba y se preparen para la próxima edición.

Joseba ITURRIA

Los desenlaces

Alfonso SASTRE / Dramaturgo

HOY ESCRIBE

Otras veces he pensado, para transmitirlo a (presuntos) públicos lectores y no especialistas en los temas literarios, sobre asuntos de nuestra profesión y problemas que se nos plantean a los escritores de ficciones en nuestra vida cuando nos enfrentamos con los problemas propios de esta curiosa tarea de inventar —imaginar— historias para luego comunicarlás a los lectores y/o a los espectadores; y recuerdo haber escrito sobre el asunto de los títulos que les ponemos a nuestras obras y sobre la manera de empezarlás; pero no sé si he escrito algún artículo de estos sobre la cuestión de los desenlaces de estas historias nuestras que, en efecto, pueden terminar así o así.

En principio, digamos, pueden acabar bien o mal. Entendámonos, pueden terminar bien aunque acaben mal para los personajes, y mal aunque terminen bien para esos protagonistas, que es el caso más frecuente en toda esa purrela de «finales felices» (*happy end*) promovida por Hollywood desde sus años más gloriosos. El guionista se veía obligado por sus productores a que su historia terminara «bien», por mal que ello resultara desde el punto de vista poético. Acabar «bien» es un «mal» que ha afectado a una buena parte de la producción cinematográfica más destacada. El final doloroso o incluso catastrófico de algunas obras era el resultado de grandes batallas con los promotores de finales felices.

El final o desenlace de nuestras obras, a la hora de enfrentarse con los receptores (el público espectador, pues con la complicidad del lector contamos generalmente) es un territorio problemático en el que sufrimos, a veces, quebraderos de cabeza, como ahora nos ha ocurrido (o por lo menos a mí me ha ocurrido) en ocasión del estreno en Alicante de una obra que ahora se está haciendo en varias localidades de este país: «¿Dónde estás, Uialume, dónde estás?». Tengo que decir que la obra termina o acaba con un monólogo ante la tumba del poeta Edgar Allan Poe; monólogo que considero el alma de este drama, o sea, digamos, casi lo más importante de ella. Digamos también que la actriz Zutoia Alarcia lo dice impecablemente, desde una humanidad convincente, tierna y melancólica.

Pues bien, en la escena anterior suena, porque está escrito en el texto, no porque a alguien se le haya ocurrido durante los

El problema reside, no en que no se me ocurra ningún final sino en que se me ocurren varios

ensayos, el sibido prolongado de un tren en la noche. Pregunta un personaje: «¿Qué es eso?», y alguien responde: «Es el tren de Filadelfia». Aquel es el tren que Poe ha tratado de alcanzar hasta su muerte, y la obra, para muchos receptores de Alicante, terminó ahí. Y verdaderamente parece que termina ahí. ¿Y no será que, en verdad, termina ahí? No, creemos que no termina ahí, y afortunadamente seguiremos oyendo el parlamento de Muddy sobre la tumba del poeta; pero para hacerlo así hay que plantearse el problema de solventar ese fascinante, posible final, para evitar que el espíritu del público se nos vaya antes de que la obra termine verdaderamente. Diciéndolo mejor: no es que la obra tenga un desenlace verdadero y otro falso. La obra tiene, por lo menos, estos dos desenlaces posibles, y nosotros apostamos por uno de ellos, que nos parece el mejor.

Una cuestión parecida se me planteó con «La taberna fantástica». También allí había un momento en que la obra «terminaba», cuando todavía quedaba una escena estupenda. Entonces quitamos la escena estupenda, pero al cabo de unas semanas consideramos que había sido un error suprimirla y decidimos pasar por el trance de que el público sufriera un pequeño despiste antes de embarcarse en la escena final cuya fuerza recuperaba la atención de los espectadores hasta el momento en que declaráramos terminado el espectáculo. En realidad, en el teatro, como en la vida, las cosas pueden terminar —o quedar abiertas— de muchas maneras: son, pues, varios los desenlaces posibles.

Sé que hay colegas a los que no se les ocurren fácilmente los desenlaces. En cuanto a mí, el problema reside, no en que no se me ocurra ningún final sino en que se me ocurren varios. Alguna vez los he puesto todos, como en «La gitana Celestina», que va terminando varias veces después del primer final que es cuando mueren a tiros Calixto y Melibea (este final es el que eligió el grupo catalán que la estrenó en Barcelona).

Este año tuve el capricho —contra mi decisión de no escribir más para el teatro— de escribir una comedia, para la que he hecho dos desenlaces. Si alguna compañía se decide a estrenarla, su director se encontrará con este problema: elegir un desenlace entre los dos posibles. ¿O quizás hacer una experiencia interactiva y dar a los espectadores la palabra para que sean ellos quienes elijan el desenlace que quieren ver?

Desde la barrera

LA COMA

A mí me gusta mucho la Behobia, claro que sí, pero desde la barrera. Sentada en un banco, mientras fumo un cigarro —toma sacrilegio—, cámara en ristre, tal día como hoy disfrutaré inmortalizando el rostro desencajado de ese fumador de puros impenitente que, en un raptó de locura, ha decidido que puede participar aunque el único deporte que practique sea el levantamiento de vidrio en los bares. Quedará en mi carrito también la estampa desmayada del cachas de turno al que le pesan hasta los bíceps, o el rictus de dolor de esos sedentarios metidos a deportistas por un mes, que pasarán toda la semana a base de masajes. ¿Eh, Joseba?

Qué bonito es correr. Cómo chorrean sudor, cómo escupen, cómo pasan del pinchazo del «limaco», porque van a gusto, ya que no hay nada como hacer deporte. Durante los prolegómenos te miran casi con desprecio cuando les espetas un «¿y eso para qué sirve?», porque dicen que nunca, nunca, llegarás a comprender la satisfacción que produce machacarse y llegar a la meta. Eso sí, desde la barrera una se pregunta, mirando esas caras rojas y a punto del ataque, si no sería mejor que algunos se lo tomasen con más calma o, mejor, que los retirasen. Que en Nueva York se han muerto dos, carajo. Eso sí, las fotos me van a salir de coña.

Amaia EREÑAGA